



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12205

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 18 DE JULIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

Perreras

La campaña contra los perros continúa. Raro es el día que no se prepara en el laboratorio del ayuntamiento hígado envenenado para tal diputación que lo pide ó cual barrio que lo necesita. Sin embargo, los perros siguen haciendo de las suyas y aquí, en los barrios extramuros y en las diputaciones, se registran numerosos casos de personas mordidas.

Campaña tan tenaz, que ha merecido los aplausos de todos, no ha dado los frutos que se deseaban, es decir, no ha evitado que crezcan por la vía pública ejemplares de la raza canina en condiciones de morder.

Y resulta que al cabo de tres meses, corridos, de campaña, en que han sido sacrificados perros á millares, estamos lo mismo que antes; por que en tanto que haya perros que muerdan y ejerciten—como los ejercitan—los dientes, estaremos expuestos á morir de hidrofobia.

¿A qué es debido esto? ¿A la lenidad de los celadores por cumplir libremente lo que se les ordena? Algo habrá de eso; mas si no se les tiene ordenado que denuncien á los dueños de perros que no lleven bozal, ó si cumplen con esa obligación sin que el castigo pecuniario venga á hacer eficaz la denuncia, no serán ellos los culpables de falta ninguna.

Al iniciarse la campaña y al ver como caían los perros, fueran de quien fueran, los poseedores de esos animalitos tuvieron buen cuidado de encerrarlos en casa mientras pasaba el aluvión; pero después que hubo pasado el peligro, volvieron á echarlos á la calle sin miramiento alguno, como si no estuviesen obligados á cumplir las ordenes de la autoridad y los deberes que impone el respeto á la tranquilidad de los vecinos.

Si a los que de tal modo se conducen se les obligara á canjear por pesetas de multa su falta de respeto al prójimo, menos perros habría y los que hubiera estarían recluidos ó llevarían bozal cuando van por la calle. Pero como sucede lo contrario, y no se castiga á quien falta á las ordenes de la autoridad, no pasa día que no se registre nuevos casos de personas mordidas por perros.

Sin duda los que los tienen en condiciones de que muerdan no han pensado en la intranquilidad que se apodera de la familia del mordido.

Y hay que hacerles pensar, señor alcalde, que no hay derecho para intranquilizar á nadie.

Vengan multas y caiga quien caiga; que ese es el mejor modo de hacer entender á los reacios el respeto que deben á la salud del prójimo.

CURIOSA ESTADÍSTICA

El «Peater Lloyd» ha hecho una curiosa estadística de las pérdidas rusas y japonesas, desde que se rompieron las hostilidades, teniendo para ello á la vista los más importantes periódicos de todo el mundo y adicionando las cifras dadas en los despachos.

Claro está que estos totales son fantásticos, pues de reconocerles autenticidad habría que decir que ya no quedaban ni un buque, ni un ruso, ni un japonés para contarlos, y hasta recuentaría que los soldados de ambos ejércitos y los marineros de las dos escuadras habían sido muertos varias veces.

Hé aquí, á título de curiosidad, las cifras agrupadas por el periódico vienés:

Rusos, 86500 muertos; 185000 heridos y 93000 prisioneros.

Japoneses, 98000 muertos; 119 heridos y 151 prisioneros.

Buques rusos perdidos, 73 acorazados del tipo «Rurik», 38 acorazados del tipo «Petropawlow», 145 cruceros acorazados, 411 contratorpederos y 1487 torpederos.

Buques japoneses perdidos, 49 acorazados, 64 cruceros acorazados, 98 contratorpederos y 591 torpederos.

Hay que añadir á esto que, según los despachos de más fidedigno origen, al párcer, Puerto Arturo fué bombardeado por asalto doce veces, y su guarnición se ha entregado seis veces sin combate.

MICROSCÓPICAS

La estación estival está en su período de apogeo; el calor debilita y abate nuestras fuerzas físicas y hasta las intelectuales sufren menoscabo; hay que buscar las frescas brisas del mar y zambullirse en sus azules aguas, para que el cuerpo y el alma se reanimen, porque el calor será la vida, no lo dudamos, abrigará los campos con espléndidas hermanas, los alegrará con los trinos incomparables de las aves, hará que los elementos de vida que Dios ha desparramado por el mundo alcancen desarrollo al recibir las fuertes caricias del astro rey; pero, aparte esto, al calor, cuando es excesivo, como el que al presente se deja sentir, nos produce un decaimiento poco á propósito para realizar el trabajo de ganar las habichuelas.

Hay que gozar de los encantos de las placidas noches, refrescando con las brisas del mar la caldeada frente, recreando el espíritu con los armoniosos acordes de la música, y otros gozes que hagan pasar alegremente la estación veraniega la más adecuada para gastarse el dinero ahorrado en el invierno, en los pintorescos y alegres parajes de San Pedro del Mar, San Bernardo y en el su rival Chalet.

X.

El separatismo en Canarias

Con este título publica el «Heraldo» de ayer el siguiente suelto que pone de relieve no haber en Canarias los pujos de separatismo de que se ha hablado en varias ocasiones.

Dice así el suelto mencionado: «Con frecuencia se ha ocupado la prensa de la existencia del separatismo en Canarias.

Ya en otra ocasión manifestó el «Heraldo» el hecho de que, durante la guerra, y cuando más insistentes eran los rumores de la venida de la escuadra yanqui, en las Ca-

narias, pero sobre todo en Tenerife, el pueblo colocaba con profusión pasquines, que decían:

«¡Mueran la paz, la guerra y siempre guerra! ¡Viva España!»

Un hecho reciente ha puesto de manifiesto los sentimientos de arraigado españolismo de aquellos isleños habitantes.

Después de haber estado en Santa Cruz de Tenerife una escuadrilla americana compuesta de los cruceros «Albatros», «Castine» y «Marietta».

Desde el primer momento la población aborreció con sus tripulaciones una actitud cortés, turbada tan sólo por alguna rejería sin importancia, provocada por imprudencias hijas del vino.

Para obsequiar á la buena sociedad tinerifeña, que en materia de fiestas deja siempre el pabellón bien puesto, porque son proverbiales su galantería, animación y fin trato, se organizó á bordo una fiesta, á la que concurrieron... «dos señoritas» que no son canarias, y aún á estas las disculpa la circunstancia de que la posición oficial de algunos individuos de su familia les quitó la libertad de obrar según sus deseos.

Sin sospechar tan desastroso resultado se hicieron proposiciones á la orquesta que dirige el notable maestro D. Ricardo Sondra para que fuese á bordo un sexteto, ofreciéndole 12 libras, que al cambio corriente ascenderían á 420 pesetas, ó más, si necesario fuese, y la orquesta, con el maestro á la cabeza, se negó en absoluto á aceptar proposición de ningún género; hecho tanto más patriótico cuanto que ninguno de los simpatizantes y hábiles maestros que la componen tienen fincas en las Indias ni cobra en el Banco canario.

La música se reduce, á un arpaista ambulante, catalano.

El público aplaudió con entusiasmo tan patriótica negativa, tributando una ovación á la orquesta en el concierto del 5 del corriente.

Estos hechos, repetidos con más frecuencia de la que suponerse puede, demuestran mejor que las palabras que la leyenda del separatismo en Canarias, fabricada en Madrid para determinados usos, carece de fundamento serio y desaparecerá tan pronto como deje de prestarse.

EL CONDE DE CHESTE

El público que en la noche del 30 de Di-

ciembre de 1831 salía regocijado del teatro del Príncipe saboreando los primeros de «Marcela» á cuál de las tres la preciosa comedia de Bretón de los Herreros que se había estrenado aquella noche, hacia comentarios acerca de la obra y de los personajes que en ella intervenían, quedando como cosa cierta que los tipos no era creación del aplaudido autor, sino que estaban tomados de la realidad.

Esto fué el tema de las conversaciones del Madrid literario y elegante durante muchos días, y todos convinieron en que el taciturno y amartelado poeta Don Amadeo Tristán del Valle no era otro que un noble y caballeresco capitán de caballería entregado con buen éxito al culto de las musas, y entonces, por su edad lozana, al de las bellas.

«¿Quién era este bravo militar que emulaba á Garcilaso manejando, ora la espada; ora la pluma.

Pues un apuesto joven que tenía ventitantos años el 1831, y que había nacido en Lima, donde su ilustre padre desempeñó las funciones de virrey, y que se llamaba entonces D. Juan de la Pezuela, ó el capitán Pezuela sencillamente, y que hoy, á la respetabilidad de noventa y cuatro Diciembres, es el Excmo. Sr. Conde de Cheste, capitán general de los ejércitos nacionales, presidente de la Academia Española, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro, etcétera, etc., y el último representante en nuestros días de aquella generación gloriosa que se batió bizarramente por la libertad en la guerra civil de los siete años que siguió á la muerte de Fernando VII, que tomó parte en el movimiento romántico tan glorioso para nuestras letras y que ha figurado en primera línea en todos los sucesos enternecedores del agitado reinado de doña Isabel II.

Poco tiempo después del estreno de «Marcela», en 1834, mandaba Pezuela la caballería de Aragón, y en la guerra civil se distinguió tanto y se batió con tal bravura, que en los campos de batalla ganó por su propio esfuerzo sus grados y sus títulos, alcanzando la reputación merecida de esforzado, de entendido y valiente.

Las hazañas del guerrero no hacen olvidar los años del antiguo alumno del colegio de San Mateo, donde fueron maestros Hermosilla y Lista, y en cuanto Pezuela entraba la espada, no dejaba de manejar la

amante corazón, y sabes que no puedes tener amigo mejor que yo.

—¡Pues bien, yo le amo! dijo Blanca clavando en su abuelo sus rasgados ojos azules, donde se reflejaba la ternura de su alma.

—¿Y él?
—No lo sé... Su tristeza me aterra; recelo que oculte un misterio que temo descubrir, y que, sin embargo, deseo conocer por una contradicción que no puedo explicarme.

Se me figura que mi porvenir entero pende de esta explicación que he provocado, y temo tanto como espero con ansiedad sus resultados.

—Dietrich quedó pensativo y como cuidadoso.
—El no me ha dicho una palabra que pudiese hacerme suponer más que un afecto fraternal y desinteresado, y sin embargo, yo le quiero como si hubiera convenido en ser su esposa.

No se si Dios me reserva la dicha de tenerte por esposo, mas os digo que si él no lo fuese renunciaré á todos los que pudieran ofrecérseme.

—Esperemos, mi muy querida Blanca: quizás estamos á punto de saber algo que nos conduzca á averiguar lo que necesitamos.

Porque yo quiero, hija mía, que tú seas feliz, muy

un buen esposo, digno de tí y que ha de hacer tu felicidad.

—No tengo prisa, abuelito; mi desso es no separarme de usted, sino lo más tarde que sea posible.

—Pero, ¿y si no tardases que dejarnos?

—¿Que es lo que Vd. dice? No comprendo.

—Quiero decir que no es imposible, ni aun difícil encontrar un hombre de talento, caballero y leal, que sepa respetar tus sentimientos y ternura filial.

—¡Ah!

El anciano continuó, sin aparentar haberse apercebido de la exclamación involuntaria de Blanca.

—¿Qué te parece si se tratase del coronel francés, á quien hemos libertado de la Siberia?

—¡Eh! ¿Jorge?

—Pues.

—¡Ah! eso no se parece á los demás hombres... Su semblante triste y afable, me recuerda las facciones y rasgos de mi padre Miguel, y la mujer á quien ame ha de ser muy feliz, pero...

—¿Pero qué, hija mía?

—Sois tan bueno y tan cariñoso para conmigo, que sería ingrato si no os dijese todo lo que siento.

—Dime, hija mía, sin recelo, todo lo que sientas. Tú eres la alegría de mi vejez, la gloria de mi

—¡Ah! ¿qué significa este tono ceremonioso, Blanca mía?

—Significa, mamá, que creo nos conducimos unos respecto á otros poco urbanamente, porque este caballero que veis aquí, ha tenido mucho reparo en llamarme Blanca, á título de clase de urbanidad y que se yo cuantas más cosas.

Por último, he podido conseguir, no sin que se haya defendido con todo su valor, que se avenga á llamarme por mi nombre, á condición de que Vd. le autorice para ello.

Oidme, coronel, dijo la condesa al culpable que se sonrojaba como una oritura, mirad bien lo que voy á decir, os precedo en edad muchos años, y esta edad me autoriza para haceros una sola pregunta... ¿Teneis algo grave de qué culparnos?

—Señora condesa, contestó Jorge, más conmovido de lo que quisiera aparecer, es imposible que pueda haber pensado semejante cosa, ni que pongáis en duda mi reconocimiento.

—Ya otras veces os he rogado que suprimiese en nuestro trato esa palabra disonante á mis oídos.

Vemos que padecéis, lo conocemos todos, sin saber cuál es la causa de esa tristeza, ni poder encontrar medio capaz de consolaros ó siquiera de distraerlos.